

PÉREZ-REVERTE, POR UNA NOVELA POPULAR DE CALIDAD

En la última Feria del Libro de Francfort un coloquio sobre los best-séllers enfrentó a Arturo Pérez-Reverte, uno de los autores españoles con más proyección internacional, con el británico Ken Follet. Mientras Follet apostaba por una narrativa comercial con un tipo de tramas que puedan seguirse por igual

en cualquier lugar del mundo, Pérez-Reverte defendió una novela popular europea que combine elementos de entretenimiento con un fondo de historia y de tradición cultural. En estas páginas el escritor español amplía sus tesis y se enfrenta a quienes proclaman la muerte de la novela.

Libros para los que no se rinden

Si primera noción del best-séller se asocia a Harold Robbins, un autor que despachaba explosivos cócteles de sexo, dinero y poder. Sus libros tuvieron, allá por los 70, gran difusión: ofrecían a los más extraviados ejecutivos un ilusorio "stage" entre los elegidos del crimen mundano, un paréntesis en su realidad de fracaso y resaca.

En aquel tiempo lejano uno podía considerar el best-séller como un genuino germen de la hoy omnipresente cultura basura y dormir tranquilo.

Pero todo muta. Ahora la etiqueta best-séller se aplica a cualquier libro que aparezca en las listas de los más vendidos. No importa que lleve la firma del director de la Real Academia, de un poeta relamido, de una petarda o de un presidiario. En términos clasificatorios, no cuenta el propósito del libro, sino el rédito

En tiempos lejanos, uno podía considerar el best-séller como germen de la cultura basura. Ahora no

que devenga. Best-séller es todo aquel libro que vende un montón. Por tanto, hablar mal o bien de los "best-séller" es hoy un error: en el paquete cabe de todo.

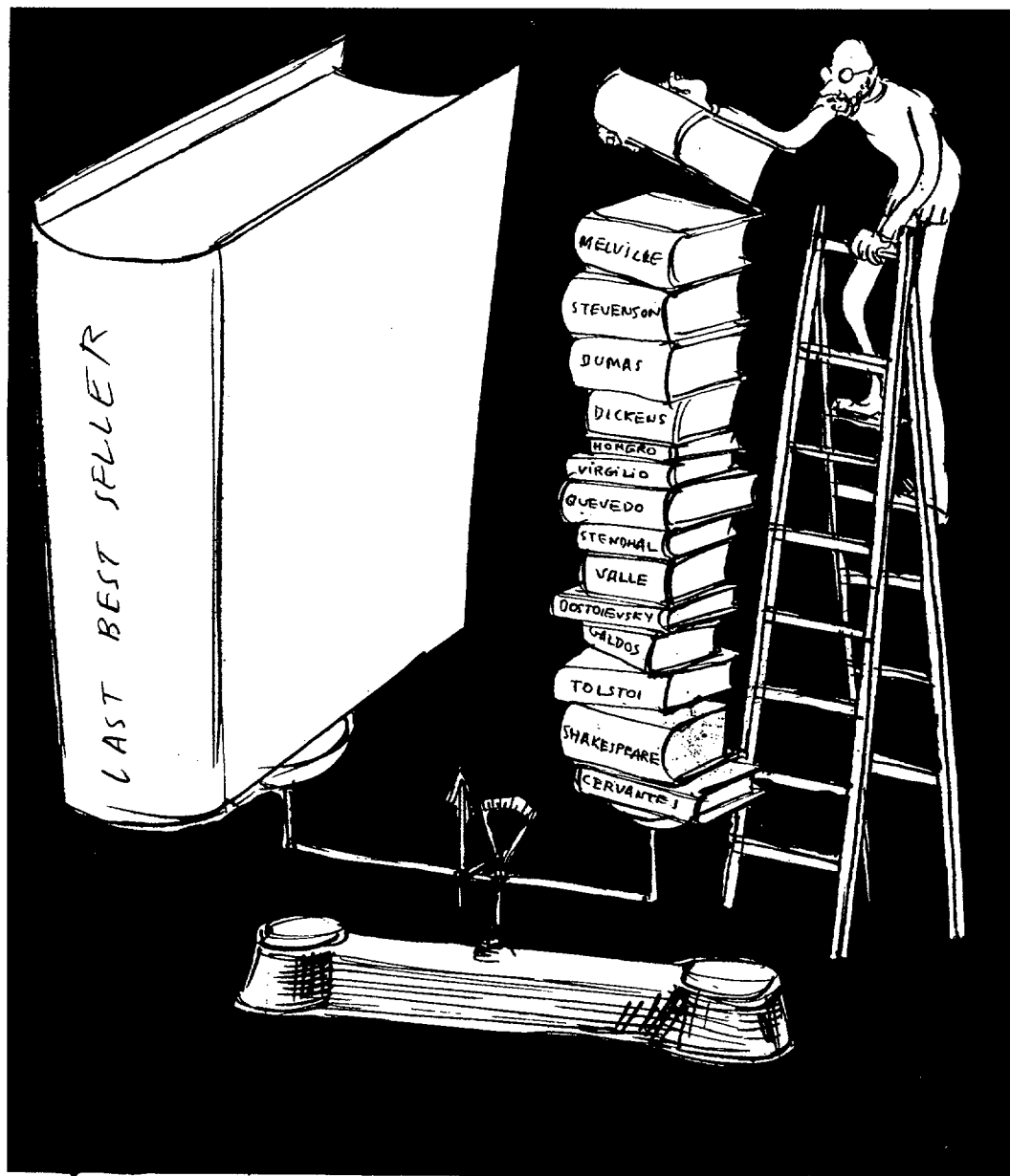
Así las cosas, Pérez-Reverte hace muy bien al distinguir, en su característico tono cabreado, una tradición narrativa europea (enriquecida con el poso de los años, la diversidad y la reflexión) frente a fórmulas menos vitaminadas. Porque si bien es cierto que la lectura de libros puede tener la función del cataplasma —Pérez-Reverte receta el específico Corín Tellado para su doña Luisa—, resulta inadecuado limitarla a vuelos tan gallináceos.

Ningún lector avezado tiene a pensar en la literatura —best-seller o fiasco comercial, prosa expositiva o experimental— como una alternativa al antidepresivo o al sucedáneo. O no exclusivamente. Porque si algo caracteriza a un buen libro es lo que tiene de celebración existencial y, a la postre, de indirecto acicate en la lucha de cada lector contra sus propios límites.

La buena escritura y la buena lectura pertenecen a los que no se rinden; las narcotizantes, al resto. He aquí un parámetro —fálible, como todo— para discernir entre un libro digno y una boñiga encuadrada en el actual cafarnaúm de best-séllers.

LLÄTZER MOIX

La vía europea al best-séller



che a leer el "Ulises", de Joyce. Bendita sea para ella Corín Tellado, si eso la hace evadirse, y soñar, e imaginar otras vidas. Y tal vez, pues los libros son al fin y al cabo como las cerezas, que tiras de uno y terminan saliendo otros, eso la lleve un día a leer otras cosas. Y si no, pues qué diablos. Tampoco pasa nada.

Mejor que las teleseries

Quiero decir con eso que todo libro puede ser útil, y nadie tiene derecho a despreciar el trabajo de nadie, ni sus consecuencias. Y en ese contexto, el best-séller, entendido como novela popular en su más primario sentido, que es el de entretenimiento o aventura, resulta perfectamente legítimo y respetable si está bien hecho. Incluso el tan denostado best-séller anglosajón puro y duro, de usar y tirar, que apunta como mucho a una fugaz trayectoria cinematográfica, cumple una función de entretenimiento nada desdeñable, que por supuesto es siempre preferible a una estúpida serie de televisión a base de policías y señores de Arkansas, aunque a primera vista parezcan lo mismo. Pero es que, además, dentro de tan amplio género se han producido obras notables, como "Shogun", de James Clavell, el "Chacal", de Forsythe o, en otro registro, las novelas de John le Carré, incluyendo "Los pilares de la tierra", del propio Follet. De cualquier modo, lo que el best-séller anglosajón posee son unas técnicas narrativas altamente eficaces, que arrancan tanto de la novela popular europea del XIX como del lenguaje cinematográfico. Unas técnicas muy interesantes cuyo estudio y aplicación, al menos como referencia, resultan de extraordinaria utilidad a la hora de abordar cualquier materia novelesca de un modo actual, para un público lector que posee —obviarlo es una estupidez suicida— una amplia enciclopedia audiovisual en continua recarga y evolución. Entendida la novela, por supuesto, como se entendió siempre y como algunos —sobre todo los lectores, que es lo que cuenta— seguimos entendiéndola todavía: el planteamiento de un problema narrativo basado en acción, pensamiento, o la combinación de ambos, y la resolución de ese problema mediante las herramientas más eficaces, trama, personajes, estilo y estructura, que el autor sea capaz de aplicar en su trabajo. Porque —y esa es otra— por mucho arte, talento, imaginación y demás dotes estéticos o divinos de que disponga el novelista, sin trabajo riguroso y disciplinado no hay nada que rascar. Y, pese a lo que afirmaba recientemente algún exquisito e imprescindible novelista de diseño, las novelas no se escriben picoteando de flor en flor, un poquito hoy y otro poco el mes que viene, a base de inspiración divina y de hacer vida de escritor en mesas redondas, talleres literarios, columnas periodísticas y barras de bares de moda. Se escriben echándoles muchas horas, y días, y meses de constante disciplina y trabajo.

Dicho todo lo cual, y respetando a todo el mundo, se impone puntualizar un par de cosas. Y precisamente ese par de cosas son las que me llevaron hasta Francfort para conversar con el señor Follet, pese a que tengo a gala no frecuentar ese tipo de eventos. La principal es que, dicho con todos los respetos, no hay que mezclar las churras con las merinas. Quiero decir que quien sitúe "El ojo de la aguja" y "El nombre de la rosa", ambas indiscutibles best-séllers, o "La tapadera" y "El perfume", o "El exorcista" y "Peón de rey" en un mismo paquete, es un perfecto simple y un cretino. Porque frente al clásico best-séller anglosajón, frente a un planteamiento novelesco que tiene por objeto exclusivo el mercado, y donde pocas ambiciones suelen plantearse más allá del aquí te pillo y aquí te mato, frente al huérfano ejercicio de la acción y el entretenimiento sin más pretensión

ARTURO PÉREZ-REVERTE

Soy un novelista profesional, y teorizar sobre literatura se lo dejo a quienes tienen ganas y tiempo para ello, o a quienes viven exclusivamente de sentar cátedra sobre lo que escriben otros; del mismo modo que la faceta artística de la literatura —que sin duda existe— se la dejo a los artistas profesionales, expertos en angustias creativas y duchos en las fascinantes zozobras de lo sublime. Yo me dedico a contar las historias que me apetece contar, y a hacerlo del modo más eficaz posible; así que me importa un bledo si la novela en general o en particular está muerta, o no. En lo que a mí respecta, procuro que la mía siga viva, y eso me mantiene lo bastante ocupado como para no andar perdiendo el tiempo en dimes, diretes y chorradas.

Esta vez, sin embargo, debo hacer una excepción. Después del encuentro que tuve hace unos días en la feria del libro de Francfort con Ken Follet, algún amigo me ha pedido que defina un poco algunas de las ideas que allí apunté, ofreciéndome para ello, con toda gentileza, las páginas de "La Vanguardia". Así que en eso estoy ahora, dándole a la tecla en la esperanza de que esto no parezca una justificación ni nada por el estilo. Que maldita la necesidad que tengo de justificar nada; pues todo autor consecuente con su propia obra se justifica muy a fondo, creo, en todas y cada una de las páginas que escribe.

Le decía yo en Francfort al señor Follet, más o menos, que toda novela es en principio respetable, desde Marcial Lafuente Estefanía a Dostoyevsky, mientras haya un lector que encuen-

tre en ellas diversión, reflexión, compañía, esperanza, sabiduría, consuelo o cualquiera de las innumerables posibilidades que ofrecen los libros. En ese contexto, el llamado best-séller, etiqueta con la que a menudo, en un exceso de simplificación, se clasifican globalmente los libros más vendidos, constituye en principio un género tan digno como cualquier otro. Hay que ser un perfecto bobo para exigir que doña Luisa, que apenas tuvo estudios, que se casó con un animal de bellota a los dieciocho años, que trabaja catorce horas diarias haciendo desayunos para marido e hijos, yendo a la compra, preparando la comida, fregando, haciendo la cena, termine su jornada dedicando un rato cada no-

Ante el planteamiento de mercado al modo anglosajón, la novela europea, respaldada por su tradición cultural, puede obtener ventas masivas combinando amenidad y profundidad

Cierto tipo de gente mató la novela en Francia y en Italia y han estado a punto de matarla en España. Quienes no tienen nada que contar harían mejor en dedicarse a otra cosa

PÉREZ-REVERTE, POR UNA NOVELA POPULAR DE CALIDAD

nes que lograr impactos rentables en las listas de más vendidos, frente al todo vale prepotente y descarado sin otro sostén que las cifras del enorme mercado en lengua inglesa, a menudo la novela europea con éxito de ventas posee en buena parte, y ganado por derecho propio, un amplísimo margen de independencia y de calidad perfectamente compatible con las ventas masivas, y que es al mismo tiempo fiel a sus propias raíces y a su memoria. Y que además goza del respaldo del número de lectores suficiente, pese a los agoreros y a los enterradores prematuros, para justificarla y sostenerla con plena salud.

No podía ser de otro modo, por otra parte. En el panorama de la novela actual, frente a conceptos culturales en materia novelística limitados en el tiempo y el espacio, que a veces rozan el ombliguismo insular, como en el caso británico, o huérfanos —y a veces manifiestamente bastardos—, como el norteamericano, cuya memoria colectiva directa tiene menos de trescientos años pese a la pervivencia en ella de tradiciones muy importantes, la novela vocacionalmente europea, entendida ésta como un amplio paisaje cultural que incluye Iberoamérica y no excluye absolutamente a nadie, cuenta con un denso y riquísimo pasado a sus espaldas. Una herencia de tres mil años de solera que nace en la Biblia y la cultura mediterránea oriental, pasa por Grecia y Roma, llega a España y al sur de Europa enriquecida por el islam, florece en la latinidad medieval y el renacimiento, viaja a América en naves españolas y retorna en forma de barroco para estallar en una inmensa fiesta de ideas y de posibilidades en los siglos XVIII y XIX. Es precisamente ese contexto, ese paisaje, el que hace posible una novela actual europea, respaldada por toda aquella historia y memoria, que puede plantar cara con pleno éxito a la invasión del huérfano —bastardo, apunté antes— best-seller anglosajón a palo seco.

Las armas del enemigo

Otra cosa es que se haga o no se haga. Otra cosa es que muchos novelistas europeos, a menudo dispuestos a escribir para el qué dirán de ciertos críticos y mandarines que tienen secuestrada la cultura desde hace décadas, sigan siendo víctimas de sus propios complejos; y que en países como Alemania e Italia se resignen a abandonar la cabecera de las listas de ventas a las traducciones de best-sellers norteamericanos, como si escribir historias y que la gente la lea fuese algo de lo que un escritor deba avergonzarse. Otra cosa muy distinta sería que, en vez de pasarse la vida teorizando en debates televisivos y suplementos literarios y llorando sobre el presunto cadáver de la novela, los escritores europeos no se resignaran a pasar por el aro de la crítica "culturalmente correcta" y volvieran la vista hacia ese inmenso caudal narrativo, hacia esa larga tradición e inmensa memoria que es su orgullo y su fuerza. Y que aplicando, eso sí, técnicas narrativas eficaces, modernas, extraídas sin complejos del mismo cine o la misma literatura anglosajones, consolidaran un género de novela de amplias ventas y futuro, que goce del respaldo de sus lectores y tenga, al mismo tiempo, posibilidades de librar en el exterior la batalla de una literatura europea capaz de competir en el mercado internacional con la dignidad de su rica memoria. Usando, ¿por qué no?, las mismas armas del enemigo. Haciendo compatibles tradición, profundidad y entretenimiento.

La prueba de que ese puede ser el camino que sostenga y revitalice la narrativa europea es que —como resulta fácil apreciar si se sigue la evolución de tiradas en países como España en los últimos diez años, con cifras impensables hace veinte— los lectores responden de forma masiva, calurosa, cuando se les plantea ese tipo de oferta narrativa de calidad, referida a su propio ámbito cultural y a su memoria. La prueba, por hablar sólo de tres títulos recientes, es la acogida entusiasta en España, en decenas de miles de lectores, a la magnífica novela "El hereje", de Miguel Delibes; a "Peón de rey", de Jesús Fernández, o a la extraordinaria "El lápiz del carpintero", de Manuel Rivas. Y no me refiero a novela histórica forzosamente, sino a novelas de muy diversa índole que incluso al tratar el presente se asientan en una tradición larga y hermosa: la de los miles de años que nos hicieron posibles y que José María Guelbenzu, en un artículo publicado hace pocos días, destacaba con especial lucidez. Novelas que —y esto es fundamental— en España alcanzan mayor cifra de ventas que las de Ken Follet. Nove-

las asentadas en una memoria, no lo olvidemos, que también resulta atractiva para el mundo anglosajón y norteamericano, donde Europa sigue fascinando e interesando —¿qué novela más europea que la extraordinaria "V", de Thomas Pynchon?— y donde, además, la creciente penetración hispana del sur, que lleva consigo su propia memoria latina, crea grandes posibilidades a medio y largo plazo.

El sistema americano

El principal obstáculo en Estados Unidos sigue siendo que allí, donde un sistema comercial eficazísimo es capaz de poner en el mercado internacional de lengua inglesa, de forma masiva y en pocos días, cualquier libro con vocación de muy vendido o muy leído y donde pese a la usual ordinariéz del mercado existen, sin embargo, notabilísimos vínculos de memoria histórica europea que incluyen amplias comunidades cultas italianas, judías, etcétera, las editoriales suelen carecer de lectores cualificados capaces de rastrear, leer y descubrir novelas en otras lenguas que la inglesa. Y eso, dificulta la penetración. Aunque las cosas están cambiando y la presencia de autores

afinamos las armas de la lengua, el estilo y la estructura. Y la novela europea todavía puede ser algo más que asaltar una gasolinera porque la vida no tiene sentido, o quedarse seiscientas páginas mirándose el ombligo... ¡Qué diablos! Quienes no tienen nada que contar, y encima pretenden que la gente pague por leer los avatares de un vacío personal que no interesa sino al autor mismo, harían mucho mejor en dejar libres las mesas de novedades y dedicarse a otra cosa. Y quienes sí desean hacerlo, quienes de veras tienen historias hermosas que escribir para que miles de desconocidos reflexionen, gocen, sientan, comprendan, vivan más vidas y las añadan a la propia, deberían abordar la tarea sin complejos y más pendientes de su trabajo que de lo que dirá tal o cual crítico al día siguiente. Para eso, naturalmente, es necesario desvincularse de los clanes de compadres, de los mercachifles y los parásitos que se autoadjudican el papel de árbitros y convierten las páginas de cultura de los diarios en feudos personales, y trabajar sin complejos con la certeza de que, en literatura, el lector es el único que, después del naufragio, cuando por fin el mar se cierra sobre los mástiles del "Pequod", reconoce a los suyos.

A base de recrearse en su propia agonía, de escribir y aplaudir novelas basadas en personajes incapaces de escribir una novela, cierto tipo de gente mató la novela en Francia y en Italia y han estado a punto de matarla también de verdad en España; no por agotamiento del género, como equivocadamente creen algunos, sino por el imperio del esnobismo y la gilipollez y la vacuidad elevada a teoría literaria, a obra maestra imprescindible y a pequeña miniatura imperecedera. No todos tenemos mala memoria, y además las hemerotecas están llenas de definiciones como esas, aplicadas por críticos que siguen pontificando impávidos en ciertos suplementos literarios —los mismos que antes afirmaban que Faulkner y Benet eran el canon— elogiando obras y autores "imprescindibles" que, a los dos meses, todo el mundo, y con justicia, olvida piadosamente. Y, al contrario, son ahora algunos de sus ahijados, compadres y pupilos quienes, poco a poco, cada vez con menos complejos —el autor que dice no importarle vender libros miente como un bellaco—, recurren a estructuras y lenguajes tradicionales, al género policiaco como sostén de la

trama, a la historia como memoria y clave del presente, al paisaje cultural común iberoamericano, y miran alrededor para contar novelas como siempre se contaron. Novelas que pretenden abarcar una parte del mundo narrando una historia con planteamiento, nudo, desenlace y con los puntos y las comas en su sitio.

Por fortuna, no todos se "benetizaron" en España por una palmadita en la espalda y un elogio en las páginas de turno. Y hubo gente que se arriesgó, con suerte o sin ella. Y gracias a la resistencia individual opuesta por nombres como Mendoza, Marsé, Sampedro, Torrente y algún otro, la novela de toda la vida, la escrita como Dios manda, siguió viva aquí, mantuvo el cordón umbilical con sus lectores de siempre y pudo enlazar con una generación de novelistas más jóvenes que, con una oferta variadísima, constituyen hoy un sólido núcleo de una veintena de nombres que en su mayor parte son, o serán, perfectamente exportables y traducibles. Por ese camino, la vieja Europa, o al menos la parte que nos toca de ella, puede en mi opinión enarbolar, con absoluta tranquilidad, pabellón propio. Porque best-seller como definición de libros más vendidos, de acuerdo. Nada que objetar al término, porque en él caben Ken Follet, Mendoza, Sepúlveda, Eco, Martín Gaité, Le Carré, D'Ormesson, Prada, Grisham, Marías, Gala, Terenci, Vázquez Figueroa, Clancy, Sampedro, King, Rivas, Baricco, Marsé, Almudena y tantos otros. Libros de éxito, vale. Todos en las librerías, y bendita sea la época en que cada lector puede escoger lo que cuadra con su gusto y no verse obligado, como en otro tiempo lo estuvimos, a exiliarse en novelas extranjeras o en los clásicos, renunciando al presente o sintiéndose miserable porque se aburre con "Herrumbosas lanzas".

Todos en las librerías y en las listas, digo, pero cada uno en su sitio. Por mucho que se empeñen los malintencionados y los imbéciles, ni Stephen King es lo mismo que Umberto Eco, ni Ken Follet lo mismo que Jean d'Ormesson, o que Antonio Gala. Y además, Carmen Martín Gaité vende aquí más que Tom Clancy. Así que, mucho ojo. Todos juntos, vale. Pero no revueltos. Y que el buen Saramago nos bendiga a todos. ●



Arturo Pérez-Reverte

PERFIL

El rey Arturo y las ventas redondas

■ Arturo Pérez-Reverte (Cartagena, 1951) es el "rey" de las ventas en la literatura española (su último libro, "Limpieza de sangre", ha batido el récord de tirada de una primera edición) y uno de los contadísimos españoles que han triunfado en el mercado editorial de EE.UU. Con títulos como "El maestro de esgrima" o "La piel del tambor", su literatura combina las referencias culturales con un dinamismo que la hace muy apetecible para las productoras cinematográficas (Polanski filma actualmente "El club Dumas"). El próximo 9 de noviembre aparece "El sol de Breda", tercera de las aventuras del espadachín Alatriste.

en lengua castellana, o española, que dicen allí, es cada vez más intensa.

En cuanto a la vieja Europa, yo creo que sólo en el aprovechamiento de la tradición está el futuro; pues eso permite a quien escribe hacerlo con el aplomo de saber de dónde viene y adónde va. Picasso es imposible sin Velázquez, sin Rembrandt, sin Brueghel. Nadie, salvo los soberbios, los cretinos o algunos "bobenzuelos" a quienes vuelven locos los elogios de críticos cantamañanas, puede creerse de veras capaz de escribir nada que merezca la pena o que perviva cuando se trabaja con una memoria literaria o cultural que empieza en Kundera o en la última película de Tarantino. Cervantes, Shakespeare, Tolstoi, Dostoievsky, Galdós, Valle, Stendhal, Quevedo, Virgilio, Homero, Dickens, Dumas, Stevenson, Melville y todos los otros, los de siempre, los viejos maestros que nos enseñaron a contar historias como siempre se contaron, siguen siendo necesarios antes de dar el primer teclazo; porque en ellos obtenemos el aplomo y el equipaje y en ellos

SIN FILTRO

EL PRINCIPIO DE CARIDAD

Los analistas políticos suelen seguir el llamado "principio de caridad". Presuponen, como hipótesis de trabajo, la racionalidad de una acción dada, aunque esta acción parezca, a primera vista, extravagante, estúpida o carente de sentido. Y dedican sus esfuerzos y su imaginación a inventar explicaciones racionales para la acción que observan.

Cuando aún había marxistas, la beneficiaria de la caridad de los analistas era, no pocas veces, la infraestructura económica: en última instancia, cualquier hecho debía encontrar en ella su razón de ser. Ahora, esta beneficiaria suele ser la astucia de los políticos. Los analistas parten del prejuicio de que, al igual que a los soldados el valor, a los políticos la astucia se les supone. A partir de esta hipótesis, buscan la estrategia que se oculta detrás de cada acción. Como si cada acción respondiera a una decisión racional de su actor. Como si las acciones fuesen medios escogidos taimada y libremente por su actor persiguiendo la consecución de un determinado fin. El problema radica en que, demasiado a menudo, las acciones políticas parecen, claramente, el fruto de unos agentes orgullosos que no están dispuestos a aceptar la caridad de quienes les suponen astutos.

Dado que el prejuicio de la astucia deja muchos casos por resolver, quizás se tendría que buscar una hipótesis alternativa. Recientemente Arzalluz ha propuesto una que no debería echarse precipitadamente en saco roto. Al comparar la ceremonia de las declaraciones postelectorales con los ritos de apareamiento de algunas especies animales ha apuntado al instinto como sustituto de la astucia.

Las semejanzas entre la astucia y el instinto son notables. El comportamiento de una araña tejendo su tela podría ser descrito como astuto. Como el de la hormiga cuando, en vez de comportarse como la cigarra, aprovisiona alimento. La araña y la hormiga se comportan, ciertamente, como si estuviesen dotadas de reflexión y astucia, pero, de hecho, aquélla tiende una trampa cuya finalidad ignora y ésta ahorra en espera de un invierno que desconoce. ¿Actúan igual los políticos? En tanto que, para decirlo a la manera de Schopenhauer, sus decisiones parecen haber sido tomadas por una voluntad natural que los depasa y que decide por ellos, podría pensarse que sí. Pero, por otro lado, en tanto que frecuentemente estas decisiones no parecen haber sido tomadas por seres dotados de reflexión y astucia, la actividad política no parece caer bajo el ámbito de lo instintivo. Desde este punto de vista, para aceptar la hipótesis sugerida por Arzalluz habría que ampliar el concepto de instinto, incluyendo en él no sólo las acciones que sin estar realizadas conscientemente en vistas a un objetivo responden, de hecho, a un fin, sino también aquellas que, estando conscientemente realizadas en vistas a un objetivo, no se ordenan, de hecho, a ninguna finalidad.

JOSEP MARIA RUIZ SIMON